

RETIRO DE ADVIENTO.

0.- INTRODUCCIÓN:

"Con el tiempo de Adviento se inicia un nuevo año litúrgico. Tiene una triple índole:

El Adviento es un tiempo especial de gracia y de una invitación a reconocer las “Venidas del Señor”.

El Adviento es un tiempo para “RECORDAR”: El Señor vino y “acampó entre nosotros”.

El Adviento es un tiempo para “CELEBRAR”: El Señor viene en la Iglesia por medio del Espíritu Santo.

El Adviento es un tiempo para “ESPERAR”: El Señor vendrá al final de los tiempos en el que Dios será todo en todos.

ES DECIR:

El Adviento nos habla de un origen, la primera venida del Salvador desde el Si Incondicional de María, y nos habla también de una meta, la segunda venida del Salvador para concluir la historia y comenzar la época definitiva, la época en que Dios será “todo en todos”.

Y entre estas dos venidas se desarrolla el tiempo de la Iglesia y se sitúa nuestra vida. Y también se da la venida de Jesucristo por medio de la acción de su Espíritu: llega el Señor a nosotros a través de su Palabra, se hace presente para actuar en sus sacramentos, toca a nuestras puertas como hermano necesitado que reclama nuestra solidaridad.

0.- LOS TRES MODELOS DEL ADVIENTO:

La Iglesia se prepara a la Navidad permaneciendo vigilante y en oración. Por eso cuenta **con tres modelos:**

a) **ISAÍAS.** (sus profecías se cumplen plenamente en Cristo. Su mensaje es la invocación de una liberación, que viene del cielo y de la tierra, de Dios y de los hombres).
DOMINGO I.

I.-Isaías es el gran heraldo del AT, de la venida del Señor, una venida de salvación y de paz, que nos trae el reino de Dios e inaugura los nuevos tiempos, las nuevas relaciones entre Dios y los hombres, las cuales se establecerán a partir del Mesías.

Tenemos sed de luz, de armonía, de paz y de justicia... Nuestro mundo suplica, desde su hambre de plenitud, una salvación que le romper toda exclusión y toda corrupción, toda injusticia y toda maldad... En el fondo deseamos un Salvador y pedimos, aún sin ser conscientes de ello, que la salvación venga más allá de nosotros mismos y de nuestra propia finitud.

En todas nuestras expectativas y sueños siempre aflora el ideal de esa “Jerusalén celeste”, esa ciudad ideal de plenitud y que lleve al ser humano a alcanzar sus más bellas utopías... En definitiva, todos los hombres y mujeres de todos los tiempos deseamos un cambio de orientación y un final del espiral de violencia y de mal. Es el grito de todos los grandes “profetas” de la historia de la humanidad y es el grito de todos nosotros que en medio de la mediocridad suspiramos una vida en plenitud.

II.-*El profeta Isaías nos invita a mirar al futuro donde el triunfo de Dios será una realidad en plenitud.* Ese triunfo es puro don de Dios y una creación nueva, simbolizada con la imagen del banquete.

El banquete donde el mismo anfitrión es el Señor nos revela el destino de nuestra esperanza y el sentido de nuestra confianza.

Ese banquete tiene unas connotaciones específicas que nos recuerda lo específico de la vida de Dios: en primer lugar, son invitados todos los pueblos; en segundo lugar, serán rotos todos los velos que cubren a todos los pueblos; en tercer lugar, la muerte será aniquilada para siempre; y en cuarto lugar, “enjugará las lágrimas de todos los rostros”.

Frente a la exclusión a que nos tiene acostumbrado la sociedad humana, Dios mismo nos hace vivir una dimensión universal de la llamada a la salvación.

Frente a los silencios y los recodos de nuestra existencia, Dios mismo nos recuerda que todo será descubierto y revelado con toda contundencia.

Frente al dominio destructor de la muerte, Dios mismo nos advierte que ella misma será aniquilada para siempre.

Frente al sufrimiento y a las lágrimas en cada rincón de la tierra, Dios mismo nos manifiesta que serán enjugará las lágrimas de todos los rostros.

III. El profeta Isaías *grita a Israel y a Jerusalén que hay razones para la esperanza*, a pesar de las miserias y las tragedias de nuestro mundo. Y proclama al pueblo un nuevo Éxodo, cuya iniciativa está provocada por el mismo Dios.

b) **JUAN BAUTISTA.** (se presenta como el precursor del Señor, que vendrá a bautizarnos en Espíritu y fuego) DOMINGOS II Y III.

I. La respuesta que Dios exige del mismo hombre se sintetiza magistralmente en toda la predicación del precursor, Juan Bautista. Juan pide a la gente que cambie radicalmente en su interior y debe de “preparar el camino al Señor”.

Juan diseña todo un programa para recibir al salvador y lo expresa en cinco sugerentes expresiones, dibujadas en las profecías de todos los profetas, especialmente de Isaías: “allanar los senderos”, “elevar los valles”, “abajar montes y colinas”, “enderezar lo torcido” e “igualar lo escabroso”.

“Allanar los senderos” significa recuperar la fidelidad sin fisuras.

“Elevar los valles” significa salir de nuestros sin-sentidos y la desconfianza.

“Abajar montes y colinas” significa rebajar ambiciones y arrogancias.

“Enderezar lo torcido” significa romper las ambigüedades en las que nos movemos.

“Igualar lo escabroso” significa nivelar con justicia las desigualdades de nuestro mundo.

Juan, el Precursor”, nos señala cómo debemos prepararnos para acoger la venida de Cristo desde una actitud coherente y confiada.

II. Muestra las propuestas de la vieja profecía para tratar de solucionar los males básicos de la humanidad:

*Para la insolidaridad, que es la base y el origen de la desigualdad, se propone compartir (consejo a las multitudes: “*el que tenga dos túnicas...*”)

*Para la explotación, que engendra toda clase de odio entre los humanos, se propone la supresión de cualquier espíritu de injusticia (Consejo a los recaudadores: “*No exijáis más de lo establecido*”)

*para controlar la violencia de quien detenta el poder político y militar, se propone la no violencia y el evitar la injusticia que proviene de la insaciable ambición de poseer y dominar (consejo a los soldados paganos: “*no hagáis extorsión a nadie...*”)

c) **MARÍA, LA MADRE DEL SEÑOR.** (es la gloria de Jerusalén y la alegría de Israel; en ella se cumple cuanto se había dicho de parte de Dios. La larga preparación del Antiguo Testamento culmina en María, Madre de Dios y de todos los hombres. En ella la humanidad, redimida del pecado y de la muerte, se abre al don de la vida nueva).
DOMINGO IV.

María es icono de la Iglesia y de la Humanidad. María aparece como el perfecto contrapunto de Eva.

La historia de María y Eva son dos experiencias de seducción:

Eva es la mujer seducida por el tentador mientras que María es la mujer seducida por Dios.

Eva se deja engañar por las pasiones interiores mientras que María es la mujer enamorada de Dios que ante Él reconoce la vocación misma del hombre, ser la criatura dialógica y referido al mismo Dios.

Eva seducida siente miedo y vergüenza, desconfianza y acusaciones mientras que María seducida siente bendecir a Dios en su corazón y dice un Si incondicional al proyecto mismo de la salvación.

María es la “llena de gracia” y “es el fruto excelente de la Redención” desde el primer instante de su concepción, fue totalmente preservada de la mancha del pecado original y permaneció pura de todo pecado personal a lo largo de toda su vida” (CIC 508).

María es “redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo. El Padre la bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en el cielo, en Cristo” (CIC 492).

María sentía necesidad de Dios, porque lo amaba con todas sus fuerzas. Pero era Dios mismo el que primero amaba a María misteriosamente.

3.- ADVIENTO: TIEMPO DE ESPERANZA.

El Adviento nos invita a mirar al futuro y nos abre a la esperanza. “La esperanza es la virtud teológica por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo” (CIC 1817)

Y la esperanza lanza un grito de alegría porque sabe bien, en lo más profundo de su esencia, que “la salvación anunciada es la salvación que trae el Señor”. Esa salvación proviene de Dios y no es solamente hechura de manos del hombre, aunque sabe bien que “la virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre” (CIC 1818).

Por eso mismo, desde este sentido profundo de la esperanza misma, sabemos que la promesa es clara, “alza la cabeza, se acerca vuestra liberación”, pero que se nos exige esfuerzo de cambio personal, una profunda renovación y conversión.

3.- ACTITUDES DEL ADVIENTO.

A) Nadie desea un Salvador ni espera su venida si no siente necesidad de ser salvado. (HUMILDAD Y POBREZA).

El humilde es capaz de comprender el secreto de Dios porque busca desde su misma indigencia, mientras que el “sabio y el inteligente” busca desde su prepotencia y su orgullo.

El humilde es capaz de “vivir en verdad” y pide sin exigir nada como un “mendigo” necesitado de lo más urgente, que sólo Dios mismo puede dárselo.

El humilde sabe “de quién se ha fiado” y sabe que en medio de su vida Dios mismo ha hecho una opción preferente por su causa, a pesar de que en muchos frentes la vida misma lo arrincona en su cuneta.

Jesús mismo nos hace ver, con su talante y con su actitud, que valorar al humilde conlleva tener en su interior la honradez de miras que le hace “no juzgar por apariencias, ni sentenciar de oídas”.

Hagamos que en cada situación que nos encontremos anhelemos la venida de Cristo desde un talante humilde y sencillo, sabiendo que Dios mismo se hace “mendigo” de nuestra pequeñez y debilidad.

B) Hay que tener hambre y sed de Cristo y de todo lo que Cristo supone, como es el Reino de Dios en la tierra. (DESEO Y ESPERANZA).

El Adviento es un tiempo de esperanza y de conversión, y la razón fundamental de la esperanza es que Dios ama a nuestro mundo, y nos ama apasionadamente a cada uno de nosotros.

Ante ese amor desmedido de Dios para con nosotros, la respuesta debe ser la fe y la confianza del ser humano.

Dios mismo nos *te indica el camino que debemos seguir.*

Dios mismo nos recuerda que el camino que debemos seguir debe cimentarse fundamentalmente en la paz y en la justicia, auténticos dones de arriba: *¡Oh, si hubieras obedecido a mis mandamientos! Tu paz sería como un río y tu justicia como las olas del mar.*

C) Hay que esperar al esposo porque no se sabe la hora. Ni siquiera se sabe la forma y la manera. (VIGILANCIA Y FE).

D) Hay que prepararnos para recibir algo grande y muy hermoso. La vida no sólo se alegra con las realidades positivas, sino con las esperanzas de estas realidades. Toda esperanza alegra el corazón. La esperanza posibilita la ilusión y el esfuerzo. (ALEGRÍA).

Hoy, también a nosotros, se nos anuncia que Dios nos ha escogido y nos ama con todas sus fuerzas *“pues yo, el Señor, tu Dios, te cojo de la diestra y te digo: No temas, que yo vengo a ayudarte. No temas, gusanillo de Jacob, larva insignificante de Israel; ya vengo yo en tu ayuda, dice el Señor: tu redentor es el Santo de Israel”.*

Hoy, en medio de tantos peligros y tantos “desiertos”, proclamar que Dios jamás nos abandona y que es nuestro “compañero incansable en el camino” reconforta nuestra alegría y nos fortalece en la esperanza, esa virtud que no se cansa de esperar y goza en su corazón de lo que aún no está.

E) Hay que acoger al Señor en el hermano que sufre y necesita de nosotros (CARIDAD).

Jesús mismo, en el Evangelio, nos advierte que no basta decir “Señor, Señor, para entrar en el Reino de los cielos”, sino “el que haga la voluntad de mi Padre celestial”.

La voluntad del Padre celestial pasa por hacer posible el dinamismo del amor... En el fondo, la voluntad del Padre pasa por amar a Dios con todas nuestras fuerzas y al prójimo como a nosotros mismos.

¡Cómo resuena en este momento, en esta sintonía evangélica, las palabras de San Juan de la Cruz: “Al final de los días nos examinarán del amor”!